

3.^a SESIÓN DE PRÓRROGA DEL 18 DE OCTUBRE DE 1899

PRESIDENCIA DEL SEÑOR MARCO AVELLANEDA

SUMARIO:—Asuntos entrados.—Continúa la consideración del dictamen de la comisión de hacienda en el proyecto de ley, en revisión, sobre conversión de la actual emisión fiduciaria de billetes de curso legal.

DIPUTADOS PRESENTES

Alvarez, Argerich, Astrada, Avellaneda (M. M.), Avellaneda (M.), Belderrain, Berduc, Bernejo, Bolli-
ni, Bores, Bouquet Roldán, Bruchmann, Cabral,
Calderón, Carballido, Carbó, Carlés, Carreras, Coro-
nado, Cortés Funes, Claros, Cullen, Dantas, Daract,
Dávalos, Echegaray, Ezquer, Falcón, Fernández,
Ferrari, Fonrouge, Gálvez, García (T.), Garzón, Gige-
na, Godoy (M. E.), Gómez (I.), Gómez (M.), Gouchon,
Gutiérrez, Hernández, Herrera, Iturralde, Lacavera,
Lagos, Lartigau, Leiva, Lobos, López García, Lou-
reyro, Luro, Llobet, Machado, Martínez (M. R.), Mi-
tre, Morel, Moreno, Obligado, O'Farrell, Outes, Pa-
nelo, Parera (F. M.), Parera (R.), Paunero, Peña (V.),
Posse, Reyna, Ruiz, Sáenz, Salas, Sánchez, Sánchez
Viamonte, Santamarina, Serna, Serú, Usandivaras,
Valenzuela, Varela Ortiz, Vedia, Villanueva, Vivan-
co, Zavalla, Sarmiento.

AUSENTES, CON LICENCIA

Almada, Avellaneda (F. F.), Cantón, Capdevila, Fe-
rrer, Ovejero,

CON AVISO

Aleman, Balestra, Barraquero, Carrasco, Giménez,
Guastavino, Lacasa, Láinez, Lassaga, Peña (J.), Ro-
berts, Romero, Santa Coloma.

SIN AVISO

Astrada, Benedit, Cabal, Castellanos, Godoy (E.),
Laferrère, Lescano, Luque, Martínez (J.), Massey,
Olivero, Palacios, Rivas, Seguí.

—En Buenos Aires, á 18 de octubre
de 1899, reunidos en su sala de sesiones
los señores diputados arriba anotados,
el señor presidente declara abierta
la sesión, siendo las 3 y 30 p. m.

ACTA

—Se lee y aprueba la de la sesión
anterior.

ASUNTOS ENTRADOS

COMUNICACIONES OFICIALES

—El señor presidente del honorable senado comu-
nica la sanción definitiva de las siguientes leyes de
impuestos: visita de sanidad, puerto y muelle, faros
y valizas y tracción en el puerto de la capital. (*Al
archivo.*)

—El mismo devuelve, modificado, el proyecto de ley
que concede al señor Carlos Bright el derecho de
construir y explotar un ferrocarril desde el Rosario
(Santa Fe) hasta el Salto (Buenos Aires). (*A la co-
misión de obras públicas.*)

ORDEN DEL DÍA

CONVERSIÓN DE LA EMISIÓN FIDUCIARIA

Buenos Aires, octubre de 1899.

A la honorable cámara de diputados:

Vuestra comisión de hacienda, en minoría, ha es-
tudiado los proyectos financieros venidos del hono-

rable senado; y por razones que dará el suscrito, os aconseja en substitución de aquéllos, la sanción del siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1.º El poder ejecutivo procederá al retiro y reducción gradual de la circulación inconvertible hasta que recobre su paridad con la moneda de oro.

Art. 2.º A los efectos indicados, el poder ejecutivo hará destruir por el fuego la cantidad de diez millones de pesos de billetes inconvertibles cada año.

Art. 3.º Para atender al retiro de la circulación inconvertible en los términos de los artículos que preceden, se crea un fondo especial, al cual se destinan los siguientes recursos:

- a) el producto de la venta del ferrocarril Andino;
- b) el producto neto de la liquidación del Banco nacional, una vez cubiertas las obligaciones especiales á que esa liquidación está afectada;
- c) las utilidades anuales del Banco de la nación;
- d) el producto de la venta y del arrendamiento de la tierra pública;
- e) el producto de los derechos actuales sobre la exportación, en la suma necesaria para completar la cantidad anual de diez millones.

Art. 4.º Fijase una escala descendente de cotización para la moneda de oro. A este efecto el fisco comprará dicha moneda á quien se la ofrezca en la siguiente forma: desde la fecha de esta ley hasta el 31 de marzo de 1900, al precio de dos pesos con veinte centavos en billetes inconvertibles por cada peso oro; desde el 1.º de abril de 1900 hasta el 30 de septiembre del mismo año, al precio de dos pesos quince centavos en billetes inconvertibles por cada peso oro; desde el 1.º de octubre de 1900 hasta el 31 de marzo de 1901, á dos pesos diez centavos en billetes inconvertibles por cada peso oro; sucesivamente, disminuyendo el precio en billetes inconvertibles á razón de cinco centavos por semestre por cada peso oro, hasta establecer la paridad á que se refiere al artículo 1.º.

Art. 5.º La compra de moneda de oro por el fisco, á que se refiere el artículo anterior, queda encomendada á la Caja de conversión, la que emitirá directamente las sumas de billetes inconvertibles que dicha compra exija.

Art. 6.º La moneda de oro que la Caja de conversión adquiera en virtud de las disposiciones anteriores, será conservada en el establecimiento, en fondo especial, para ser vendida á quien lo solicite, al precio que rija según la escala del artículo 4.º. Las sumas de billetes inconvertibles que de esta manera recoja la Caja serán destruidas inmediatamente por el fuego.

Art. 7.º Queda bajo la administración y responsabilidad directa de la Caja de conversión, el fondo destinado al retiro de la circulación inconvertible, creado por el artículo 3.º de esta ley. A este efecto los directores de los bancos de la Nación y Nacional, respectivamente, entregarán directamente á la mencionada Caja las sumas procedentes de los recursos enumerados en los incisos b y c del artículo 3.º; y el poder

ejecutivo dispondrá la entrega directa á la expresada Caja del producto de los recursos enumerados en los incisos a, d y e del mismo artículo.

Art. 8.º La Caja de conversión publicará un balance semanal de las operaciones efectuadas en ejecución de los artículos 4.º, 5.º y 6.º de esta ley,—y otro balance mensual del movimiento del fondo de retiro, con expresión de las sumas recibidas por cuenta de los distintos recursos designados, y de las cantidades de billetes quemados.

Art. 9.º Si los recursos recibidos en un año excedieren de la suma de diez millones, el exceso se conservará en la Caja para atender al retiro del año siguiente, y así sucesivamente.

Art. 10. Mientras el producto de los incisos a y b del artículo 3.º alcance para cubrir el retiro anual, la Caja de conversión no exigirá la entrega de los recursos provenientes de los incisos d y e y el Banco de la nación destinará, provisoriamente, á los fines de su propia institución, los recursos señalados en el inciso c.

Art. 11. Si en cualquier tiempo resultaran insuficientes los recursos enumerados en el artículo 3.º para cubrir el fondo anual de retiro de diez millones, el poder ejecutivo recabará del honorable congreso las rentas necesarias para cubrir dicho fondo.

Art. 12. La responsabilidad de los miembros de la comisión de la Caja de conversión, en lo referente al cumplimiento á esta ley, es directa y solidaria.

Art. 13. La Caja de conversión dará cuenta anualmente al honorable congreso de la forma en que haya cumplido las disposiciones de esta ley.

Art. 14. Comuníquese, etc.

Dios guarde á vuestra honorabilidad.

Santiago G. O'Farrell.

Sr. Presidente—Continúa la discusión pendiente.

Sr. O'Farrell—Pido la palabra.

No puedo empezar, señor presidente, esta exposición, que será descarnada y fría como la naturaleza del asunto lo requiere, sin tributar mi más ardoroso aplauso al distinguido miembro informante de la mayoría de la comisión por el espléndido esfuerzo oratorio realizado en la sesión pasada.

Miembro de la comisión de hacienda, aunque el menos preparado de ella, siento que ese triunfo me alcanza lo mismo que á los demás miembros de esta cámara; y mi aplauso tiene que ser tanto más sincero cuanto que debo confesar de entrada que me encuentro completamente de acuerdo con casi toda la brillante exposición presentada á la honorable cámara por el señor miembro informante de la mayoría. Y si él quisiera suprimir uno que otro de sus conceptos, como el referente á la fijación del tipo, el de que el proyecto de la mayoría sea realmente un proyecto de conver-

Octubre 18 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

3.ª Sesión de prórroga.

sión, el referente á la facultad omnímoda con que quiere investir al honorable congreso para conferir el valor de moneda á cualquier cosa, yo daría por repetido su discurso, y entonces habría ahorrado á la cámara la necesidad de escuchar una nueva exposición para sostener las ideas que he sometido á su consideración.

El señor miembro informante de la mayoría ha entonado un canto á la necesidad de que lleguemos á la conversión en la República; ha anatematizado con frases vigorosas las oscilaciones violentas y todos los perjuicios que causa á la República y á cualquier país el papel moneda; ha pintado con colores mágicos los grandes adelantos de los países que nos hacen competencia en los productos más importantes de la República; ha pintado con mano maestra los progresos de la Australia—y señor presidente, tanto los progresos de la Australia como los de Norte América con que han sido puestos en parangón desventajoso los nuestros, todos se han realizado bajo el imperio del régimen metálico.

Pintar nuestra situación y mostrar cómo nosotros tendemos á la conversión por medio del proyecto de la mayoría, eso, sí, señor presidente, que es un sueño, un sueño muchas veces forjado en la mente de los estadistas argentinos, pero jamás verificado en la práctica; un sueño, sueño de poeta noctámbulo que al mirar cruzar el astro de la noche por el firmamento, cree tocarlo con la mano suprimiendo la distancia que le separa.

El señor miembro informante de la mayoría nos ha trazado en los comienzos de su discurso la situación por que atraviesa la República en las vísperas de la presentación de estos proyectos.

Una gran parte de ese cuadro está lleno de verdad. Nos decía que la propiedad se hallaba paralizada; nos decía que el dinero estaba depositado en los bancos, retraído de la circulación; nos decía también cómo nuestra agricultura pasaba por una de sus crisis más violentas; pero ha olvidado algunos rasgos esenciales: ha olvidado que durante ese mismo tiempo las propiedades que estaban desvalorizadas, las que no habían entrado en el movimiento, eran aquellas propiedades que sólo podían considerarse de especulación,

no las que rinden productos para el trabajo. Todas las grandes propiedades que han sido puestas en venta durante el año pasado se han realizado á precios completamente de acuerdo con su facultad productora, y ningún país puede pedir nada más allá.

El interés sobre el dinero, tanto en metálico como en billetes, había descendido notablemente, lo que es signo de bienestar.

La ganadería, señor presidente, durante el año pasado y principios de éste, cruzaba por una época de las más prósperas que ha tenido la República, y absolutamente era necesaria una ley que viniera en su protección.

Es cierto—debo admitirlo, señor presidente—la agricultura sufría una crisis difícil; pero debemos suponer que á la fecha ya están descontados los efectos de esta ley sobre ella; el papel, en lugar de 210 á que estaba, se ha elevado hasta 237 y 238. Y ¿qué es lo que pasa con la agricultura? No ha tenido un movimiento perceptible todavía en su apreciación. Hace pocos días, á causa de las noticias que han venido sobre la guerra entre Inglaterra y el Transvaal, se ha producido un acaparamiento de cereales en la República. Pero, señor presidente, ¿tiene algo que hacer ese hecho con la apreciación ó con la depreciación del papel moneda? No, señor; es un efecto de la ley de la oferta y la demanda; es un efecto de esa ley que gobierna el movimiento de todos los valores en el mercado universal de los cambios.

Y si ya otra vez el ángel de la paz tendiera sus alas sobre aquellas regiones que actualmente están en guerra, veríamos bajar nuevamente todos los productos de la agricultura, porque el mercado general está abarrotado ó porque no hay demanda, de ellos en este momento.

Y si estamos conformes en la mayor parte de los puntos que ha expuesto con tanta lucidez el señor miembro informante de la mayoría, podrá preguntarse ¿y entonces, de dónde nace la disidencia entre la mayoría y la minoría de la comisión?

Detengámonos unos momentos para analizar el proyecto de la mayoría.

Ante todo, sostengo que ese proyecto será todo lo que se quiera, pero jamás podrá llamársele un proyecto de conver-

sión. Será un proyecto que tienda á impedir la valorización del papel, será un proyecto que tienda á evitar sus oscilaciones; pero no tiene nada absolutamente, no tiene un solo rasgo que haga de él un verdadero proyecto de conversión.

En la primera parte de ese proyecto se dice que cada peso papel será convertido al cambio de cuarenta y cuatro centavos oro.

«Será convertido.» Esta es la única frase que pudiera hacer pensar que ese proyecto se refiere á la conversión real del papel moneda.

¿Cuándo? ¿Hoy?—No, señor presidente.—

¿Dentro de dos años?—Tampoco.—¿Dentro de diez años?—Difícilmente, casi imposible.

Es una promesa para el porvenir, es la repetición de un sinnúmero de disposiciones que figuran en las colecciones de leyes de la República, que nunca se han cumplido.

¿Cómo se operará esta conversión? El proyecto dice que esto lo determinará por un decreto el poder ejecutivo, avisándolo al país con noventa días de anticipación.

Otro enigma para el porvenir.

¿Con qué se hará esta conversión? Hoy día los bancos ó el gobierno emisor no tienen un centavo oro de encaje metálico. Estos proyectos señalan los recursos con que se ha de hacer la conversión en un porvenir lejano y remoto. Esos recursos han sido brillantemente analizados por uno de los senadores que han intervenido en esta discusión, y se ha demostrado hasta la evidencia su ineficacia.

Señor presidente: al estudiar cada uno de esos recursos, al estudiar el movimiento de ese proyecto, uno trae á la memoria inmediatamente ese mosaico de leyes del congreso argentino estableciendo toda clase de medios para valorizar el papel moneda que nunca han podido realizarse, porque el atesoramiento oficial del oro es un hecho que está reñido con la idiosincrasia de nuestros gobiernos.

En el artículo 7º de ese proyecto, y esta es su segunda parte, se dice que la caja de conversión comprará y venderá oro al cambio de un peso por cada 44 centavos; es decir, que comprará oro y lo venderá al mismo precio.

Este artículo, en mi opinión, es lo único real y verdadero de este proyecto; todo

lo demás es imaginario: es ese artículo el que viene á fijar la desvalorización mínima del papel en un punto determinado, es ése el que viene á establecer que de hoy en adelante las oscilaciones no se producirán como antes, desde cero para arriba, sino de 227 para arriba; el descrédito público queda fijado á perpetuidad en 227 por ciento.

Pero, señor presidente, entremos á estudiar las cuestiones más arduas que se relacionan con estas materias y con la cuestión monetaria en la República.

¿Qué es moneda? La medida del valor, la definen todos los autores, y al legislarla la constitución americana, según enseñan todos los comentadores, lo mismo que la argentina, se refiere á la moneda metálica. Se emiten billetes que representan esa moneda existente en las cajas de los bancos, con un objeto muy sencillo, según lo declaraba graciosamente un señor diputado: para que no sea necesario llevar la moneda á cuestras; nos rompería el bolsillo.

La moneda de papel, entonces, representa el metálico que está depositado en las cajas de los bancos.

Cuando sobrevienen grandes crisis, á veces causadas por una guerra ó por otro descalabro de importancia, suele darse curso legal á esta moneda de papel, y entonces se convierte en papel moneda. Esta es nuestra situación actual: toda la circulación de la República es papel moneda.

Y bien, señor presidente: ¿cuáles son las facultades del congreso argentino relativamente á la fijación del valor de la moneda?

El artículo 67, inciso 10, de la constitución legisla este punto, y dice: Es facultad del congreso hacer sellar moneda, fijar su valor y el de las extranjeras. Y el señor Calvo, al hacer el estudio comparativo del texto de nuestra constitución y el de la americana, que es igual, dice que la palabra *money* de la constitución americana y la palabra *moneda* en la constitución argentina se refieren única y exclusivamente á la moneda metálica.

El valor del papel moneda, puesto en circulación y amparado por una ley de curso legal, no lo fijan los decretos del poder ejecutivo, lo fijan las necesidades del cambio interno y está sujeto á la mayor ó menor prosperidad del país, á la mayor ó menor

Octubre 18 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

3.ª Sesión de prórroga.

confianza que se tenga en la firma que ha hecho la emisión.

Es necesario, señor presidente, que no nos dejemos engañar por esta teoría de la omnipotencia parlamentaria, aplicando aquel viejo aforismo inglés de que los parlamentos pueden hacer todo menos convertir á un hombre en una mujer.

No, señor presidente; los parlamentos modernos se hallan sujetos á leyes expresas, que están escritas en las constituciones de las naciones. Y fuera de esas disposiciones terminantes, un parlamento podrá, ejerciendo el imperio y la fuerza de que dispone, sancionar una injusticia, sancionar una iniquidad; pero nunca habrá convertido una injusticia ó una iniquidad en un hecho justo y legal.

Todos estos poderes del parlamento están limitados por dos grandes principios: por el derecho y la justicia, aplicación práctica del viejo aforismo latino: *jus suum quique tribuere*.

Todo lo que se haga fuera de esto, será ilegal, será inconstitucional.

Establecidos estos principios generales, ocurre preguntar, ya que se trata de legislar sobre moneda argentina: ¿cuál es la moneda legal en la República Argentina?

Para desarrollar esta parte de mi exposición, comenzaré por afirmar que nuestra moneda es el peso metálico de oro.

No soy yo el que va á probar esta tesis, sino las leyes que están vigentes en la República y que no han sido desconocidas ni alteradas por ninguna otra posterior.

La moneda está legislada expresamente por la ley de 5 de noviembre de 1881, que establece que la unidad monetaria en la República Argentina será el peso de oro ó plata.

En la discusión de esa ley hacía votos el señor diputado Pellegrini por que hubiera en el país una sola moneda para todo: la moneda de oro, en la cual pudiera el país cobrar todos sus impuestos y satisfacer á la vez con ella todas las necesidades de su presupuesto.

Como se ve por la definición que da la ley de 1881 de lo que es moneda legal en la República, se atribuía ese carácter, no sólo al peso metálico de oro, sino también al peso metálico de plata.

Como los señores diputados recordarán, esto trajo algunos trastornos á causa de la

abundancia de plata acuñada que circulaba,—especialmente en las provincias del interior,—y fué necesario aclarar esa ley por otra posterior que se dictó en 1883, estableciendo que los bancos, ya fueran del estado, particulares ó mixtos, sólo podrían emitir billetes pagaderos en pesos moneda nacional de oro. Estos billetes, naturalmente, eran representativos del encaje metálico existente en los bancos; y por otro artículo se establecía que el que tuviera que recibir una suma de dinero, no estaba obligado á recibir en plata más que cinco pesos.

Estas son las leyes fundamentales que rigen en el país este punto capitalísimo de la discusión: qué es lo que entiende por *peso*, cuando usa esa palabra, toda nuestra legislación.

Y bien: después de 1883 se desarrolló en la República un crisis intensa, que no me voy á detener á describir porque quiero ser breve y pasar lo más rápidamente posible sobre estos hechos. Se desarrolló una crisis intensa que fué conjurada el 9 de enero de 1885 por los célebres decretos que llevan la firma del ministro doctor Plaza, que dieron desde ese día curso legal á todas las emisiones de los bancos.

Esos decretos, como era natural, fueron elevados á la consideración del honorable congreso y éste dictó la ley de 15 de octubre de 1885 aprobándolos.

Veamos, rápidamente, cuáles son las disposiciones de aquella ley. En su artículo 1º dice: «Apruébanse los decretos del poder ejecutivo de fecha 9 de enero, etc., por los que se autoriza la inconvención y se declara de curso legal los billetes del Banco nacional en toda la República.»

Es decir, que á esa moneda de papel que estaba en circulación y que los bancos tenían la obligación de convertir á la vista y á la par, se le daba curso legal, mientras subsistieran los inconvenientes que había producido la crisis.

Esta es la situación legal del papel moneda después del año 1885.

Examinemos, señor presidente, si las leyes posteriores á esa fecha han modificado en un ápice esta situación.

Llegamos al año 1887 y se eleva á la consideración del honorable congreso la célebre ley de bancos garantidos; una de las leyes más discutidas y que más atingencia

tiene con esta cuestión del papel moneda. Esa ley no cambió en nada el sistema monetario. Autoriza al jefe de la oficina de bancos garantidos para que, llenadas las condiciones que debían reunir los bancos que quisieran establecerse, les entregara billetes de uno, diez, cien pesos, etc., por cada peso oro en fondos públicos, que esos bancos depositarian en dicha oficina.

De manera, señor presidente, que esta ley usa la misma terminología que las leyes anteriores, y en ninguna de sus disposiciones produce un cambio sobre la naturaleza de la moneda legal en la República.

Por otras disposiciones de esa misma ley se le da curso legal á los billetes así emitidos, para ser recibidos *á la par*.

Ante tales disposiciones, señor presidente, ocurre preguntar: ¿cuál es el principio legal, cuál es la disposición del honorable congreso que haya podido afectar en lo más mínimo lo que se entendía ó debe entenderse jurídicamente por peso moneda ó por moneda nacional, de acuerdo con las leyes existentes?

Pero no soy yo quien hace esta interpretación; es el mismo honorable congreso de la nación, después que ya se habían emitido totalmente los billetes autorizados por la ley de bancos garantidos.

En el año 1890, después de la caída del doctor Juárez y siendo presidente de la República el doctor Pellegrini, el 9 de octubre, se dicta la célebre ley de conversión de los billetes, que establece que todos los bancos garantidos deberán convertir á la vista y al portador su emisión por moneda metálica.

Si hubiera alguna duda, señor presidente, sobre cuál era la naturaleza del papel moneda que estaba en circulación, si hubiera alguna de que la ley de bancos garantidos hubiera modificado en algo la naturaleza de aquel papel moneda, esta ley sería la interpretación más auténtica de que ninguna de aquellas leyes había tenido ni por asomo la intención de cambiar el tipo monetario existente.

Pero llegamos, señor presidente, á lo que podríamos llamar el caballo de batalla de los que defienden la tesis contraria de la que vengo desarrollando. Llegamos á la ley de reimpresión, ó, más bien dicho, á la ley de renovación del papel moneda, de 5 de enero de 1894.

Tampoco será necesario que yo diga que la caja de conversión se dirigió al poder ejecutivo de la nación, pidiendo esta ley, fundada en que, á causa de la emisión de billetes para cada uno de los diversos bancos garantidos que se habían establecido en la República, y por la obligación que se le imponía á la caja de llevar una cuenta especial á cada una de estas emisiones, se hacía muy difícil el manejo de las cuentas, por la diversidad de rubros que tenían los billetes de las diferentes emisiones.

Ese proyecto, y es bueno recordarlo para demostrar cuán lejos estaban sus autores de darle un carácter sustancial, se fundaba también en razones de higiene. Los billetes estaban viejos y sucios; era necesario cambiarlos por billetes nuevos.

El artículo 1º de esa ley dice: «Autorízase al poder ejecutivo para que proceda á renovar parcial y sucesivamente, á medida que el uso de los billetes lo exija, la moneda fiduciaria actualmente en circulación á cargo de la nación, por billetes que mandará imprimir, etc.»

Por otro artículo posterior, y voy á citar este artículo especialmente porque tiene mucha importancia, ó mejor dicho, porque se le ha dado mucha importancia en esta discusión, se cambió el rubro del billete de la nueva emisión, estableciendo, no como decía la ley de bancos garantidos, que el banco A ó B pagará tal cosa, sino *la nación pagará*.

Analicemos un momento, señor presidente, la discusión que tuvo lugar con motivo de la sanción de esta ley, y veamos si tienen algún fundamento los que sostienen que esa ley cambió la naturaleza del padrón monetario de la República.

El ministro de hacienda decía en el senado: «Por otra parte, la modificación no trae consecuencia alguna; no quita ni da derechos; no desconoce garantía de ninguna clase con respecto á los bancos garantidos; cada uno de ellos tiene su emisión y la han hecho constar en los libros de la caja de conversión; está reconocido por los poderes públicos nacionales. Poco importa, pues, que su rubro sea A ó B, desde el momento que consta la emisión de esos bancos.»

Y el señor senador Guinázú, hablando á nombre de la comisión de hacienda del

Octubre 18 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

3.ª Sesión de prórroga.

honorable senado, se expresaba más ó menos en estos términos. Decía que se había convenido entre el ministro y la comisión de hacienda dejar constancia de que quedaban intactas todas las responsabilidades de los bancos garantidos, y las que la nación á su vez asumiera respecto á los tenedores de billetes.

Es interesante también recordar que cuando aquella ley se discutió en esta cámara, uno de sus miembros más distinguidos, el señor diputado Berduc, actualmente presidente de la comisión de presupuesto, observó esta ley en un principio, temeroso de que pudiera afectar en lo más mínimo los derechos que tenían los bancos garantidos con respecto á su emisión.

Se oponía á que en esta ley se estableciera que los gastos de la nueva emisión pudieran cargarse á esos mismos bancos. Las razones que daba son fundamentales para mi propósito. Él decía: de las emisiones que están en circulación, algo se pierde, algo se deteriora; esas son ganancias líquidas para los bancos.

Y como el banco de Entre Ríos estaba, según su concepto, en condiciones espléndidas de solvencia, él no quería que ese banco, que podía estar, en un momento dado, en condiciones de cambiar totalmente su emisión de papel por la moneda metálica que tenía depositada en la oficina de bancos garantidos por medio de los fondos públicos, pudiera verse en el caso de perder ni aquella pequeña diferencia de la emisión que se hubiera destruido.

Es clarísimo, pues, señor presidente, que ha sido opinión constante del congreso argentino, que la moneda de la República es el peso oro, y que todos los billetes en circulación desde esa fecha hasta ahora, son billetes papel moneda que, de acuerdo con aquellas leyes del 81 y 83 que fijan el valor de la moneda, y de acuerdo con la ley del 85 que suspendió únicamente la obligación; de parte de los emisores de convertir esos billetes á la par y á oro, son billetes que gozan de los beneficios temporarios del curso legal, sin haberse suprimido jamás la obligación que tenían los emisores, ya fueran bancos ó gobiernos, de convertir á la par sus billetes.

Esclarecido este punto, señor presidente, debo demostrar que además de que esta

es la obligación impuesta por la ley á los poderes públicos con relación á los billetes, es también una obligación moral, puesto que ella va estampada en todas las leyes de emisión; y los poderes públicos, cada vez que han solicitado una ley autorizando una emisión, han pedido también, por medio del impuesto, los recursos necesarios, ó para llevar el billete á la conversión, ó para retirarlo de la circulación. Y si esto es cierto, quedan desprovistos de todo argumento serio los que sostienen la conversión depreciada.

La cámara me permitirá que siga haciendo esta exposición penosa de antecedentes legislativos; pero tengo la obligación, por honor á nuestras leyes, por honor á nuestros compromisos nacionales, de desentrañar de la legislación del congreso sus verdaderas miras, porque entiendo que ellas han respondido siempre al crédito y al buen nombre de la nación. (*Aplausos.*)

No me detendré, señor, á analizar las leyes de emisión que se han dictado en la República desde los comienzos de nuestra vida constitucional; llegaré rápidamente, hasta el año 1863, estableciendo este hecho: que en esa época existían en circulación 342.607.000 pesos moneda corriente.

Es necesario recordar,—porque se ha hecho mucha presión con la discusión que tuvo lugar con motivo de la conversión de 1867 en la provincia de Buenos Aires,—es necesario recordar la naturaleza de la emisión nacional anterior á esa época.

Era la emisión de 1822 para fundar el primer banco de estado; la primera manifestación económica de la vida institucional del país; el primer esfuerzo realizado con tesoros exhaustos por las necesidades constantes de la guerra, por aquellos hombres que trataban de dar forma definitiva á la nación en medio del caos en que vivían; eran luego emisiones,—que no analizaré en detalle aunque tengo los datos para ello—que se lanzaban al público mientras se escuchaba el eco de los cañones en los campos de batalla cuando era necesario á todo trance apresurarse á amontonar recursos para asegurar á la República los beneficios definitivos de la independencia, para detener los avances de las montoneras un día y para expulsar otro día al enemigo vecino que pretendía

arrebatarlos pedazos de territorio. (*Muy bien! ¡muy bien!*)

Y sin embargo, señor presidente, usando de la hermosísima figura que trazó el distinguido miembro informante de la mayoría de la comisión, es consolador desgarrar con mano piadosa el velo que la larga noche de la tiranía no ha podido hacer bastante denso para que no percibamos á su través la intensidad de esos esfuerzos patrióticos, y recordar que aquellos hombres que vivían en perpetua agitación, en perpetua zozobra, inmediatamente que claréaba la estrella de la paz en medio de tantos nubarrones, se apresuraban á acumular recursos de todo género para dar fuerza y crédito á las emisiones que habían lanzado al público la noche antes. Es necesario recordar los esfuerzos de aquel ministro insigne que llegó á aglomerar en las cajas de conversión ¡pobrisimas cajas de conversión de esa época! tres millones de pesos en lingotes, y que no mereció sino el apodo de *doctor Lingote!* Señor presidente; sería el caso de que buscáramos donde se encuentra su sepulcro para gravar sobre la lápida una inscripción que haga perdurable su memoria porque habrá sido el único ministro de hacienda en la República Argentina que haya conseguido aglomerar oro para hacer frente al crédito y al buen nombre del país. (*Aplausos*).

Y bien, señor presidente, decía que en 1863 la emisión de la República alcanzaba á la suma de 342.607.000 pesos.

Es necesario recordar cuál era el estado de la República en esa época para darse cuenta de lo que significaba, como gravamen sobre el tesoro, esa suma enorme de trescientos cuarenta y dos millones; es necesario recordar que en esa época un peso moneda corriente era, con relación á las necesidades, á la población, á toda la riqueza del país, una suma muchísimo mayor de lo que es hoy un peso moneda nacional.

La gran parte de la emisión había sido lanzada irresponsablemente por la tiranía de Rosas. A algún escritor se le ocurrió que hubiera sido lícito á los hombres de aquellos días haber repudiado esas emisiones. Parecía que empezaba de nuevo la vida de la República; parecía que recién después de la tiranía entraba el país á la vida nacio-

nal, y decían: Empecemos de nuevo, borremos el pasado! Pero no, señor presidente: los hombres de esa época consideraban que si habían recogido la herencia gloriosa de los hombres del primer cuarto de este siglo, que en horas azarosas habían girado contra el porvenir los fondos que necesitaban para asegurar los beneficios del presente, era obligación de ellos, que habían aceptado sin beneficio de inventario esa herencia gloriosa, no repudiar los gravámenes que nos habían transmitido á través de la historia. (*Muy bien! ¡muy bien!*)

¿Era posible, sin embargo, aglomerar en ese momento trescientos cuarenta y dos millones de pesos oro para verificar la conversión de una suma tan enorme á la par y á la vista?

Señor presidente: cuando se cita este hecho y se le quiere aplicar al caso actual, en que estamos en una inconversión de diez años con vida próspera, comparándola con aquella inconversión de cincuenta años que abarcan la guerra de la independencia, las guerras sobre la integridad del territorio, de cincuenta años, veinte de los cuales están cubiertos por la sombra de la tiranía, ocurre preguntar: ¿cuál la paridad? ¿cómo es que se cita este ejemplo como aplicable al presente?

Y bien, señor presidente, se produjo con motivo de esa conversión uno de los debates más memorables que registran los anales parlamentarios de la República. Esos debates corren de boca en boca, y me permitirá la honorable cámara que no los cite de nuevo. No hubo un voto disidente sobre la forma en qué había de hacerse la conversión; pero hubo el propósito firme, manifestado desde el primer momento, de llevar la conversión á la práctica, real y verdaderamente, y no de hacerla con promesas para el porvenir! Se hizo la conversión con recursos reales que se aglomeraron rápidamente, hasta el punto de que el año 67 se creaba la caja de conversión que compraba y vendía todo el oro necesario, y á los pocos años, desde el 67 hasta el 73, la nación se encontró bajo el régimen de la conversión. No fueron promesas, fué la realidad de los hechos.

Esta conversión duró realmente hasta el 76, en cuya fecha, por actos que han sido relatados ya en esta discusión, hubo que cerrar la oficina de cambios en el Banco

Octubre 18 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

3.ª Sesión de prórroga.

de la Provincia y que declarar nuevamente el curso legal á favor de los billetes del Banco nacional. De manera, pues, que la totalidad de la emisión, circulante en esa época estaba sujeta total y expresamente á la obligación de ser convertida por sus emisores.

Pero volvamos á analizar las leyes que se han dictado con posterioridad á esa fecha, para ver en qué forma y de qué manera se han hecho las emisiones subsiguientes en la República Argentina.

Por la ley de 24 de noviembre del 76 se dotó de una nueva carta orgánica al Banco nacional. Se fijó su capital en ocho millones de pesos fuertes. Se le dieron fondos públicos hasta la cantidad de 620.000 pesos; una emisión en billetes de tesorería de 9 % de interés y 4 % de amortización, por valor de un millón de pesos; fondos públicos por valor de 800.000 pesos y la suscripción en acciones alcanzaba á 5.580.000 pesos. Toda la emisión estaba perfecta y totalmente garantida con los recursos necesarios para darle solidez y prepararla para la conversión en el porvenir.

Por otro artículo de la ley de su creación, se obligada al banco á tener una reserva metálica de 25 % de las utilidades para la conversión de sus billetes.

Sobreviene el año 1880. También ahorraré á la honorable cámara, en obsequio á la brevedad, la narración de los hechos que se produjeron en esa época. La federalización del territorio de la capital de la provincia, la enorme cantidad de oro que afluyó á las cajas del Banco de la Provincia á causa de la venta que había realizado el gobierno provincial de todos sus edificios públicos, la general prosperidad que reinaba en la nación, todo esto vino á hacer que nuevamente se pensara en la conversión, y efectivamente en el año 83 inició la de sus billetes el Banco de la Provincia. Tenemos, pues, que todo el papel moneda circulante en esa época volvió á convertirse en moneda de papel, es decir, volvió á circular de nuevo bajo la obligación de ser convertible á la vista y á la par cada peso por un peso en metálico, desde el año 83 hasta el año 85.

Sr. Presidente—Si el señor diputado se encuentra fatigado, podríamos pasar á cuarto intermedio.

Sr. O'Farrell—Muy bien, señor presidente; lo agradecería.

Sr. Presidente—Invito á la cámara á pasar á cuarto intermedio.

—Así se hace.

—Vueltos á sus asientos los señores diputados, continúa la sesión.

Sr. O'Farrell—Señor presidente: estudiábamos los decretos de 1885 estableciendo la inconversión de los billetes y la ley de 15 de octubre de ese mismo año que ratificó esos decretos.

Conviene recordar un antecedente de aquella época que tiene mucha aplicación en nuestros días.

Los decretos de inconversión de 9 de enero y días siguientes llevan la firma del ministro de hacienda, doctor Plaza. En el decreto se establecía que al mismo tiempo que se daba curso legal á los billetes y se exoneraba provisoriamente á los bancos emisores de la obligación de convertirlos á la vista y á la par, se les obligaba á conservar en sus cajas, inamovible, el encaje metálico que tuvieran en ese momento.

Era á la sazón presidente del Banco nacional el doctor Wenceslao Pacheco. A los pocos días de producidos esos decretos, los bancos promovieron una reclamación general ante el gobierno, solicitando que fueran autorizados para movilizar su encaje metálico.

El poder ejecutivo, en un principio, siguiendo las ideas previsoras de su ministro de hacienda, resistió esa tentativa; pero fué tan general la grita, fueron tantas las protestas y tan numerosas las reclamaciones, que al fin el poder ejecutivo cedió, el doctor Plaza renunció su cartera y lo sucedió en la misma el doctor Pacheco.

Conviene recordar otro antecedente: en esa época, la emisión de billetes estaba representada por la suma de 58.836.000 pesos, y la reserva metálica existente en las cajas de los bancos el día de la inconversión estaba representada [asómbrense los señores diputados] por la suma de 21.783.000 pesos oro sellado.

Comparemos ese cuadro en un día en que una crisis intensa y violenta había exigido un decreto de inconversión, con el que se nos ofrece para el porvenir de la República, asegurándonos, y esto sí son

sueños, que el día que se consiga un encaje metálico de 30.000.000, el país podrá hacer frente á la conversión de sus 30.000.000 actualmente en circulación: ¡más del 45 por ciento del valor total de la emisión de entonces estaba representado por el encaje metálico de los bancos en esa época!

Vino entonces la modificación del decreto, que fué sancionado por la ley, autorizando á esos bancos á movilizar sus encajes, á prestarlos, á hacer giros sobre el exterior, lo mismo que los proyectos actualmente en discusión, y se aplicó necesariamente como se aplicará ahora y como se aplicará siempre, la conocida ley de Gresham, de que la mala moneda desaloja á la buena; la buena moneda que estaba depositada en la caja de los bancos representando la emisión, siguió el camino del extranjero y no la hemos visto más.

El artículo 6º de la ley de 14 de octubre aprobando estos decretos de inconvención, dice lo siguiente: «Los bancos conservarán la reserva metálica declarada en los decretos mencionados en el artículo 1º, y sólo podrán movilizarla con arreglo á las disposiciones que dicte el poder ejecutivo.»

Y el decreto reglamentario de esa misma ley dice, en su artículo 9º: «Los bancos están autorizados para movilizar su encaje metálico por medio de descuentos á oro, compra de cambios sobre el exterior ú otras operaciones análogas que tengan por objeto apreciar el billete...»

Ejercía en esa época el ministerio de guerra y marina uno de los hombres más distinguidos de nuestro país, que concibe sus proyectos con toda la energía de su sangre anglosajona y los ejecuta después con toda la impetuosidad de su sangre latina.

Era ministro de guerra y marina el doctor don Carlos Pellegrini. Por enfermedad del ministro titular de hacienda, doctor Pacheco, él asistió á la discusión y entre otras cosas, sosteniendo la necesidad de movilizar el encaje metálico de los bancos como el de la futura oficina de conversión ahora, decía el señor ministro de guerra y marina: no es la reserva á oro lo que trae la conversión, es la riqueza del país.

Estamos en 1886.

Desgraciadamente este análisis tiene que ser penoso, lo comprendo. Comprendo

que fatigo la atención de la honorable cámara... (No señor; no señor).

Muchas gracias!...

...pero es necesario traer á este debate todos los antecedentes legislativos que hacen á la cuestión; y no hay un solo año transcurrido durante toda esta época en que no se haya dictado alguna ley que exprese clara y terminantemente cuál ha sido el pensamiento y el propósito de todos nuestros estadistas á este respecto.

La ley de 2 de diciembre de 1886 autorizó al poder ejecutivo para emitir fondos públicos por la suma de 10.290.000 pesos oro, para pagar la deuda del gobierno al Banco nacional. Esos fondos públicos, naturalmente, tenían á oro su servicio de intereses y de amortización.

Por el artículo 2º se establecía que estos fondos serían entregados al Banco nacional, en pago de la deuda, y el artículo 3º disponía «Mientras dure la inconvención, el banco reservará la tercera parte de estos fondos públicos ó su producido para agregarlo á la reserva metálica prescrita por la ley de 15 de octubre de 1885.»—la ley de inconvención que acabamos de analizar.

Llegamos por fin, señor presidente, al año 1887, año que pudiéramos llamar inicial de los grandes movimientos y de los intensos trastornos políticos y económicos que tuvieron su repercusión en 1890.

Recuerdo una imagen preciosa que nos hacía el patricio doctor Vicente Fidel López en una arenga política que pronunciaba el año 1889, imagen que nos presentaba con toda la fantasía calurosa de un joven, que todavía alberga en su cerebro poderoso. Decía: Esta situación se va pareciendo á una caldera de vapor á la que se le van suprimiendo poco á poco todas sus válvulas de escape, á la que se van arrancando uno á uno todos sus reguladores; sin embargo, los gases que están adentro se expanden y será necesario que se produzca la explosión.

Hablaba como un convencido y al mismo tiempo como un profeta. Predecía la explosión de julio de 1890.

En ese año, señor presidente, en junio 11, se dicta una ley aumentando el capital del Banco nacional hasta la suma de 22.606.000 pesos que debían emitirse en acciones. Se obligaba al gobierno á subscribir cien mil acciones, pues recordarán

Octubre 18 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

3.ª Sesión de prórroga.

los señores diputados que el Banco nacional era un banco mixto, de acciones subscritas por el público y por el estado. Y en su artículo 7º se establecía que las acciones correspondientes al gobierno serían pagadas en oro por el valor de la moneda legal al día de la entrega, con los fondos procedentes de la venta del ferrocarril de Villa Mercedes á San Juan. Esta cantidad sería agregada por el banco á la reserva metálica prescrita por las leyes de 14 de octubre del 85 y 2 de diciembre del 86, y quedaría sujeta á las prescripciones reglamentarias del poder ejecutivo. El artículo 9º mandaba que el banco convertiría cada año en oro su reserva.

Estudiemos, ahora, señor presidente, la célebre ley de 3 de noviembre de 1887, la ley de bancos garantidos. Esta ley, que admira por la hermosura de su combinación y revela uno de los talentos más claros del país en materias económicas, el doctor Pacheco, ordenaba, en su artículo 6º, que el presidente de la oficina inspectora daría un certificado al representante del banco en el cual constara la autorización ejecutiva, y procedería previo recibo en oro del precio de los fondos públicos y depósito de su valor en el Banco nacional, en cuenta especial, á entregar á dicho representante billetes del tipo de diez, cien pesos, etc., por una suma igual á la representada por los fondos públicos por su valor á la par.

Yo no necesito recordar el mecanismo de aquella ley admirable aunque tan funesta en la práctica. El gobierno emitía fondos públicos á oro, con su amortización é interés correspondientes. Los bancos que se fundaran tenían que comprar esos fondos de papel con oro y depositarlos en la oficina de bancos garantidos, contra los cuales recibían por cada peso oro sellado de fondos públicos un peso papel para la emisión. Se establecía en el artículo 10º que esos bancos podían aumentarla, con aprobación del ministerio de hacienda, previo depósito en la oficina inspectora de una cantidad proporcional de fondos públicos, emitidos con arreglo á esa ley. Y por el artículo 14 se les obligaba á tener en oro una reserva del 10 % y á agregar á esos fondos, convertido en oro, el 8 % de sus utilidades líquidas.

No es posible, señor presidente, buscar una forma de hacer una emisión á papel con más garantías, para que pudiera convertirse en oro sellado.

Al discutirse esa ley se pronunciaron discursos brillantes; los voy á reseñar rapidísimamente. El doctor Escalante, miembro á la sazón de la honorable cámara, decía que esta ley venía á garantizar la estabilidad del billete por el encaje metálico creciente, de modo que nos llevaba, cada momento más, á valorizar el papel moneda.

El ministro de hacienda doctor Pacheco, hablando en la honorable cámara de diputados, decía: «Porque esta ley se propone regularizar, legislar y garantizar el curso legal de los billetes, y fundar las bases para venir á la conversión.»

Al discutírsela en el honorable senado de la nación—me perdonarán los señores diputados que haga tantas citas, pero quiero explicar detalladamente esta ley de capital importancia, puesto que bajo su imperio se empapeló la República—el miembro informante de la comisión de hacienda doctor Pérez, manifestaba: «Yo digo que esa garantía (se refería á la garantía de los depósitos de fondos públicos en los bancos) es tanto más eficaz—es tanto más apreciable para los fines de esta ley, no tanto por la posibilidad de cambiar, como sucedió en Norte América—se refería á la ley americana de 1833—un billete de curso forzoso por uno de curso legal, sino por la seguridad de que los billetes de esos bancos, una vez que cualquiera de ellos sea declarado en quiebra ó entre en liquidación, serán cambiados en metálico religiosamente y en el acto. Este es uno de los puntos fundamentales que consulta esta ley.»

Y el doctor Pacheco, ampliando las razones que daba el miembro informante de la comisión, agregaba en el senado: «Supóngase que mañana se liquida un banco—y yo llamo la atención sobre esta manifestación del ministro de hacienda de esos días, puesto que llevaba la garantía de la nación de convertir á oro esos billetes más allá todavía que el mismo valor de los fondos públicos depositados en un principio—supóngase, decía, que mañana se liquida un banco y que los fondos públicos sólo valgan, en el mercado, 90 % oro; pues entonces el tesoro nacional entregará el

saldo para retirar todos los billetes. ¿Es garantía, entonces?—preguntaba el doctor Pacheco.

Y bien, señor presidente: bajo el imperio de esa ley, con las garantías establecidas por la misma, se ha emitido en la República Argentina, desde su promulgación hasta mediados de 1890, la friolera de 196 882.000 pesos, incorporada á la emisión de papel en la República.

La circulación actual del empréstito correspondiente representa 159.981.000 pesos en fondos públicos á oro. La diferencia ha sido retirada en debida forma por los bancos que se han liquidado total ó parcialmente, ó amortizada por medio de la ley de presupuesto.

Ya no tenemos más ley de emisión, hasta 1890. La gran máquina estaba montada por la que acabo de comentar y no era necesario dictar otras de esa especie.

Excuso decir los resultados que produjo esta ley, no por la ley misma sino por la forma descuidada con que fué aplicada en la práctica.

Llegamos al año 1890. Había desaparecido el gobierno del doctor Juárez y había asumido las riendas del estado el doctor Carlos Pellegrini. Era su ministro de hacienda el venerable ciudadano doctor Vicente Fidel López.

En septiembre 5 de 1890 se dicta la primera ley de emisión pedida por el nuevo gobierno. Sesenta millones de pesos en billetes de tesorería. Veinticinco millones para habilitar al Banco hipotecario nacional, por el descalabro sufrido principalmente con su famosa emisión de cédulas hipotecarias á oro; veinte y cinco millones para habilitar al Banco nacional, y diez millones para la Municipalidad de la capital.

Por el artículo 4º se destinaba á la amortización de dicha emisión, el interés y amortización que cobrara el Banco hipotecario, que sería entregado directamente á la oficina de conversión; 20 % anual de la suma adelantada al Banco nacional, que se entregaría á la misma oficina; es decir, que en cinco años, el Banco nacional debía abonar y amortizar la parte del empréstito que recibía; el importe total de la venta de las tierras del puerto Madero y malecón norte; y en el artículo 5º se dice: «El excedente que resulte de las sumas

destinadas por los artículos anteriores, una vez convertida la totalidad de la emisión que se autoriza por esta ley, se destina al fondo de conversión de los billetes de los bancos garantidos que circulan en la República.»

Estamos, señor presidente, en el año 1890; no medio siglo atrás como los hombres del 63 cuando trataban de las emisiones lanzadas al público en los principios de la era constitucional de la República. Pero si hubiera alguna duda de cuál era el espíritu que dominaba á los hombres del 90, que por una rara casualidad son casi los mismos que hoy gobiernan, especialmente en materia financiera; si hubiera alguna duda de cuál era el espíritu que animaba á esos hombres, bastaría leer el texto claro y terminante de la ley de 9 de septiembre de 1890, que figura en nuestra colección de leyes con el pomposo letrado de: *Ley de conversión*. Dice en su artículo 1º: «Todos los bancos garantidos deberán convertir á la vista y al portador su emisión por monedas metálicas.»

No necesito hacer juego de palabras, señor presidente, para desentrañar el significado de esa ley.

Omitiré todos los incisos que reglamentaban el artículo 1º referentes al plazo de diez años, etc., dentro del cual debía hacerse la conversión y pasaré al artículo 2º que dice: «Los bancos podrán eximirse de convertir directamente sus billetes, manifestándolo al poder ejecutivo antes de cuatro años.»

Y entonces ¿qué sucedería? Los fondos públicos que esos bancos tenían depositados en la oficina de conversión pasarían al gobierno y junto con ellos la obligación en que quedaría el poder ejecutivo de retirar ó convertir definitivamente sus notas.

En esa época la emisión total de la República,—y este es un dato interesantísimo,—estaba representada por la suma de 239.954.000.

Hemos visto hace un momento que la emisión de fondos públicos oro, que está sirviendo el presupuesto actualmente, representaba en esa misma época la suma de 198 millones de pesos; agréguese á esa emisión las innumerables que se han aplicado especialmente á garantizar la emisión fiduciaria, y piense la honorable cámara si no ha contribuido

Octubre 18 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

3.ª Sesión de prórroga.

ya el pueblo con el valor íntegro á la par en oro sellado del valor total del papel circulante.

Llegamos al año 1891. En enero 26 se dictó la ley autorizando un empréstito de 75 millones de pesos oro sellado en fondos públicos para pagar los intereses y amortizaciones de los empréstitos provinciales durante tres años. La honorable cámara me eximirá también del trabajo de recordar este empréstito. Después de los sucesos del 89 al 90 casi todas las provincias de la República que habían contraído deudas externas se encontraban imposibilitadas de hacer su servicio. Una ley del congreso estableció que el fisco nacional se haría cargo provisoriamente de él durante tres años, calculando que en esa época se repondrían de sus descalabros y podrían ellas mismas seguir haciéndolo después.

Por el artículo 6º de aquella ley se establece que el excedente de la renta — puesto que lo que produjeran los 75 millones debía exceder naturalmente en mucho de lo que se necesitara para hacer frente á aquellos compromisos—el excedente de la renta que resultara durante esos años sería remitido á la caja de conversión y destinado por ésta á asegurar el retiro actual de la circulación de 15 millones de pesos moneda nacional, prescripto por la ley complementaria de aduana para el presente año 99.

Cuando se leen estas leyes y el propósito que ellas entrañan, no parecen disparatados los términos del proyecto de la minoría de la comisión de hacienda, que al fin y al cabo, en situación mucho más próspera para la República, no pide el retiro de 15 millones y se contenta con que se economicen 10 millones anuales.

La ley de 26 de enero de 1891, á que se refiere la ley anterior, es ampliatoria de la de aduana, y por su artículo 3º crea derechos aduaneros sobre diferentes artículos de importación cuyo producido se destina exclusivamente á aumentar los fondos de la caja de conversión, debiendo el poder ejecutivo retirar anualmente de la circulación la suma de 15 millones moneda nacional.

Llegamos, señor presidente, á otra ley en que á primera vista no se habla con la misma claridad que en las anteriores; pero

que, estudiándola con igual detención se traslucen al través de todas sus cláusulas los mismos propósitos y objetos de las otras: llegar á la conversión y retirar la emisión de la circulación. Me refiero á la ley creando el Banco de la nación argentina.

Esta es una de las manifestaciones más curiosas de los efectos del papel moneda en la República. Ese banco ha venido prestando señalados servicios al comercio y á las industrias del país y por ese solo motivo merece que lo cubramos con un velo respetuoso y alejemos de él todas las críticas teóricas que se le pudieran hacer.

El artículo 24 de la ley creando el banco dispone que las sumas que reciba la Caja de conversión por el importe de las acciones serán inmediatamente quemadas, poniéndose su valor en la cuenta de la emisión anticipada al banco hasta la cancelación de ésta. En caso de suscripción por títulos del empréstito interno, dichos títulos quedarán depositados en la Caja de conversión hasta que sean retirados por el banco, de acuerdo con el artículo 30 de la ley.

Saben los señores diputados que el mecanismo de la ley para la fundación del banco consistía en lanzar al público una suscripción de acciones por la cantidad necesaria para formar el capital del banco y que mientras no se suscribieran esas acciones la Caja de conversión le adelantaba, contra un vale, la suma de 50 millones de pesos papel para que empezara sus operaciones, no desligando al banco de la obligación de cubrir su emisión por medio de la suscripción de acciones y obligando á la Caja de conversión á reducir de la circulación esa suma de 50 millones por la quema á medida que los fuera recibiendo.

El artículo 28 de esa ley establece que la parte de utilidades que corresponde al capital anticipado por la Caja de conversión se entregará á ésta con destino á la amortización de billetes bancarios que está á cargo del gobierno nacional; y el artículo 39 de la misma ley, á la cual está incorporada también la de liquidación del Banco nacional, establece—y llamo la atención de la honorable cámara sobre esa ley, que viene á repetirse textualmente y con caracteres agravantes en el proyecto actual sobre constitución del fondo de re-

serva metálica:—«Los valores que se retiran del activo del banco» (se refiere al Banco nacional en liquidación) «se aplicarán: 1º, al pago de sus deudas; 2º, al pago del importe de la emisión, que será entregada á la Caja de conversión para ser amortizada.»

De manera, pues, señor presidente, que al mismo tiempo que se establecía que con el valor de la suscripción de las acciones, cuando el banco las lanzase al público, se retiraría de la circulación el importe total de la emisión con que se le habilitó para el comienzo de sus operaciones, se aplicó por esa ley al retiro de las emisiones y al aumento del fondo de amortización todas las utilidades líquidas que resulten de la liquidación del Banco nacional.

Estas son, si no se me ha escapado alguna, todas las leyes que rigen en la República en lo relativo á emisiones; y, como ve la honorable cámara, ha habido en cada una de ellas el propósito y la previsión extrema de los legisladores de que al mismo tiempo y por cada peso que se lanzaba á la circulación, se creara el recurso para retirar el billete de la circulación, para amortizarlo ó para convertirlo.

Estos son los hechos fundamentales de la cuestión. Con ellos por delante debemos resolverla; con ellos por delante debemos aplicar las disposiciones de derecho que fluyen naturalmente.

He establecido en la primera parte de mi exposición cuál es la unidad monetaria de la República; he establecido en esta segunda parte cuál es la obligación de los poderes públicos con relación á todo el papel circulante en el país; he demostrado que los poderes públicos han cobrado ya del pueblo, cargándolo con la deuda correspondiente, los fondos necesarios para amortizar á la par toda la emisión que ha lanzado á la circulación. Y si este es el hecho, si este es, indudablemente, el derecho que asiste hoy á los tenedores de billetes, yo pregunto, señor presidente, ¿con qué derecho se les cercena 56 centavos de cada peso?

Y todavía si los 44 centavos restantes fueran el ahorro de todos esos recursos que se ha pedido al impuesto durante tantos años de vida nacional, si estos 44 centavos se entregaran como el resultado de

una liquidación ruinosa, este estado de quiebra en que voluntariamente se presenta el gobierno podría compararse con una de las quiebras vulgares en los tribunales de comercio.

Pero, señor presidente, se ofrece solventar esta liquidación entregando 44 centavos, ¿cómo? Pidiéndolos nuevamente al impuesto. Es decir, ya los poderes públicos han cobrado al impuesto cien centavos oro por cada peso que circula y ahora, para entregarle 44 centavos, como liquidación, viene á pedirlos nuevamente al impuesto!

Otro argumento que se ha hecho en contra de esta teoría se condensa en esta pregunta, formulada también por mi honorable colega miembro informante en mayoría: ¿qué pierde el país si recibió la emisión depreciada?

Pierde, en primer lugar, todas las garantías con que ha contribuido á formar el fondo de reserva y que debiera existir detrás de cada billete; pierde, en segundo lugar, las sumas que representa el menor valor adquisitivo que tenía el billete de papel cuando lo ha empleado. Al fin y al cabo, los billetes, que son de tan fácil movimiento, mucho más que la moneda metálica, no se guardan: la mayor parte de los tenedores no son avaros que van á enterrarlos en botijas debajo de la tierra, esperando que amanezca el día de la conversión; los billetes se reciben para la circulación, para su empleo, para llenar las necesidades de la vida, y en cada operación, por el menor valor adquisitivo de ese billete, ha perdido su tenedor la diferencia entre su verdadero valor y el valor depreciado de adquisición del billete. Así, el que ha podido comprar un kilo de azúcar por 2, ha tenido que pagar 4 ó 5; como el que pudo comprar un reloj en 100, ha tenido que pagar 300.

La apreciación del papel es la ruina del país, se dice.

Señor presidente: estoy perfectamente de acuerdo con que la apreciación rápida, lo mismo que la depreciación violenta, de este valor, como de cualquier otro, es inconveniente, es perjudicial y arrastra necesariamente á la ruina á los intereses que están comprometidos en ella. Pero la apreciación gradual, lenta, no se ha sostenido jamás, en ningún país, que sea perjudicial á los intereses de todos.

Octubre 18 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

3.ª Sesión de prórroga.

Lo que perjudica son las oscilaciones, porque, como muy bien lo describía el señor miembro informante de la mayoría, estas cuestiones monetarias establecen una armonía de relaciones comerciales entre los individuos sobre una base determinada de valor, y cuando se cambian los términos rápidamente, esa armonía se quiebra y produce naturalmente descalabros; pero así como el valor del papel moneda ha venido gradualmente estableciendo la armonía de todas las relaciones comerciales hasta llegar, en catorce años, al nivel en que hoy nos encontramos y en que quedará plácidamente, según nos describía con tanta elocuencia el señor miembro informante de la mayoría; con la misma facilidad podríamos ir bajando gradualmente esa relación armónica entre los salarios, entre los precios de las cosas, entre todas las operaciones que son necesarias para la vida y el comercio del pueblo.

Desde 1867 á 1876, vivimos bajo el régimen de la conversión. He leído, por casualidad, un libro inglés que, refiriéndose á los grandes países productores de trigo, ya en 1869 señalaba como uno de los pueblos que se iniciaban en ese sentido á la República Argentina; preveía que, con el andar del tiempo, este país, hasta entonces desconocido bajo ese rubro en el mercado universal de granos, vendría á hacer competencia á los grandes productores de ese cereal, y subministra el siguiente dato: que en ese año, en 1869 (la suma parece pequeña comparada con los resultados de la agricultura de hoy día, pero es colosal si se recuerda la época de que se trata) la República Argentina produjo 280.000 toneladas de trigo.

Yo he preguntado á los comerciantes, á los agricultores, á los estancieros de la provincia de Buenos Aires, cuál era del año 1883 á 1885 el estado de nuestro mercado de producción, y todos á una me han contestado que esa época fué de grandeza y abundancia para la producción nacional; y que los precios que se obtenían retribuían ampliamente las necesidades de la producción. Y era época de conversión á la par.

Que actualmente la agricultura está decaída!

He demostrado al principio de mi exposición que eso no depende de la aprecia-

ción ó de la depreciación del billete; depende de la ley de la oferta y la demanda, que tiene efectos universales. Y yo pregunto á los defensores de estos proyectos: si no se hubiera producido la guerra del Transvaal, que ha venido á promover cierto interés en la adquisición de los cereales, ¿acaso se salvaría la agricultura este año con el oro á 237? A gritos contestan todos los colonos que no, puesto que el precio que obtienen, que es el precio que resulta del mercado universal, no retribuye los gastos de producción, tanto más recargados cuanto más depreciado está el billete.

No temo por la agricultura, porque si este año sufre por una depresión, es de esperar que esa ola de la oferta y la demanda, que está en perpetuo vaivén, ha de volver otra vez trayendo envuelta en su seno la grandeza y la prosperidad de la República.

Para salvar en este momento varios de los productos nacionales necesitaríamos el oro mucho más alto de 227.

No necesitaríamos sino un premio exiguo para que el lino fuera un producto noble y de gran beneficio para el agricultor, porque el precio del lino es altísimo en los mercados del mundo.

Para el trigo necesitaríamos como mínimo el oro á 300 por ciento.

Y si fuéramos á los estancieros, quizás nos dijeran que para salvar la cosecha de su lana Lincoln, que en este momento pasa por una depresión extraordinaria, fuera necesario fijar un tipo mayor que el de 300. En cambio, el otro producto congénere, la Rambouillet y las lanas finas, no necesitan depreciación alguna del billete, puesto que el precio que rinden en el mercado universal es excepcionalmente superior al término medio de los años anteriores.

Los remedios para estas grandes dificultades que ya han tocado casi todas las naciones productoras del mundo, no está en fijar el descrédito del país en un punto alto. No, señor: está en dictar leyes verdaderamente protectoras de esas industrias; en celebrar tratados de comercio que nos abran con facilidad los mercados del mundo; en estudiar nuestra ley de aduana, suprimiendo muchos de esos impuestos extraordinarios que por sustraer nuestro mercado á la importación de un solo artículo, cierran

Octubre 18 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

3.ª Sesión de prórroga.

veinte mercados, á la exportación de nuestros propios artículos.

Está el remedio también en estudiar con cuidado la tarifa de avalúos. Tenemos en la comisión de hacienda un expediente del que resulta, con fundamentos muy serios, que á causa de la ley de aduana y de esta inicua tarifa de avalúos, los artículos más necesarios para la agricultura, bolsas, hilo, etcétera, recargan la producción agrícola del país en más de veinte millones de pesos por año.

Suprimamos también la enormidad de impuestos nacionales, provinciales y hasta municipales que gravan la producción!

Esos son los remedios que necesita el país para favorecer su agricultura, para asegurar la prosperidad y la comerciabilidad de sus productos.

Tengo á la vista, señor presidente, un cuadro... no se alarme la honorable cámara, no lo voy á leer todo,—tengo á la vista un cuadro de los precios de los principales productos de la República Argentina en el mundo, durante los últimos diez años.

Tomemos el trigo.

En el año de 1887, con el oro á 135, el precio del trigo, en los mercados de la República era de 4 pesos con 60 centavos. El mismo precio que tiene hoy con el oro á 237!

En el año 88, el oro estaba á 147, diez puntos de diferencia, y el precio del trigo era de 6,03; es decir, se había apreciado en un 50 por ciento, mientras que la diferencia en el agio no había alcanzado al 8 por ciento.

El año 1889, el oro estaba á 190, es decir, que había subido 40 puntos sobre 1887 y, sin embargo, el precio del trigo se duplicó: valía 8,62.

Así podría seguir demostrando cuál es la ley de los precios.

Aquí están los precios de los trigos en esos mismos años en los mercados europeos. Sucede invariablemente que la apreciación considerable del grano en la República, obedece á la apreciación considerable de ese mismo cereal en Inglaterra, en Amberes, en los grandes mercados de consumo del mundo.

El mismo estudio se puede hacer sobre el lino, el maíz, la lana, demostrando clarísimamente que si el agio, si la deprecia-

ción del papel ha contribuido en una suma insignificante al mayor precio de los productos, en cambio la apreciación mayor que han tenido éstos en los mercados universales es la que realmente ha venido á duplicar, y á veces hasta á triplicar su valor en la República.

Las industrias fabriles se arruinarán!

Señor presidente: yo no sé si la clasificación que voy á proponer de estas industrias, y que ha sido para mí la más fácil, porque me evitaba hacer mucho estudio de tecnología industrial, será verdaderamente científica; pero yo las he dividido en dos grandes grupos: industrias reales é industrias artificiales.

Llamaré industrias reales á todas aquellas de que verdaderamente necesita el país, es decir, todas aquellas que trabajan la materia prima que produce el mismo país. Y yo digo: esas industrias merecen todo mi respeto, todo mi apoyo, siempre estaré preparado para darles mi voto de protección, si es necesario á fin de salvar su existencia.

Las industrias artificiales, éstas que han venido á encarecer la producción en el país, éstas que vienen á encarecer la vida de sus habitantes ¡á éstas, señor presidente, qué le vamos á hacer si se arruinan! Es imposible poner estos intereses tan secundarios por sobre los grandes intereses, por sobre los intereses más vitales de la República.

Recuerdo, señor presidente, que como miembro de la comisión de hacienda, se me invitó á que fuera á visitar una gran fábrica situada en esta ciudad, cuyo propietario había presentado al honorable congreso una solicitud de gracia. Esa fábrica estaba admirablemente montada: máquinas primorosas trabajaban bellísimamente; operarios traídos de Europa; toda la materia prima, hasta el más insignificante detalle, todo había sido importado, todo había pasado por la aduana.

Después de examinar la fábrica y de cerciorarme de que realmente existían allí los elementos que su dueño expresaba en la solicitud, al retirarme éste me preguntó: Señor diputado, ¿usted, cree que se suprimirá este año el impuesto adicional del 10 %?

Yo no me di cuenta en el acto de cuál podía ser el interés extraordinario que tendría aquel industrial, que hacía muy

Octubre 18 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

3.ª Sesión de prórroga.

pocos meses ó años que residía en la República, sobre este detalle de la ley de impuestos, y le contesté con toda ingenuidad: Señor, ese es un impuesto que se ha dictado cuando el congreso consideraba que el país estaba en vísperas de una guerra ó para hacer imposible la guerra. Es una aspiración nacional borrar ese impuesto que tan onerosa hace la vida de los habitantes.

¡Señor, me contestó, eso importaría la ruina de esta fábrica!

Realmente, yo me quedé cortado, porque no creía que un detalle que yo consideraba insignificante pudiera tener un efecto tan desastroso.

Y me siguió preguntando: ¿Qué opina, señor diputado, sobre la apreciación del papel? (Creo que el oro estaba alrededor de 240 ó de 250.) ¿Cree usted que se aprecie más el papel?

Un poco indignado ya al ver que se buscaba en tal forma la protección para que esta fábrica viviera, le contesté: El papel es el crédito del país, puesto en circulación, y está en el interés del país que su crédito se aprecie cada día más.

Entonces me dijo: Doctor! es casi innecesario que se ocupen ustedes de mi solicitud, porque será mejor que levante mi fábrica y me vaya.

Son fábricas como la que he descrito, las que viven de los dos grandes descréditos del país: los altos impuestos, impuestos de guerra, que se habían creado en momentos solemnes, y la depreciación completa del papel moneda, (*¡Muy bien! Aplausos.*)

He presenciado, como todos los demás miembros de esta honorable cámara, aquellas manifestaciones colosales que se lanzaban por nuestras grandes arterias: la una llevaba á su frente la efígie del Dios comercio, y la otra era la manifestación de los industriales. Nunca entendí con precisión qué era lo que pedían los unos y los otros. Pero estudiando estas cuestiones, se vé claramente que lo que pedían, por lo menos los industriales, y supongo que también algunos de los comerciantes vinculados á esas industrias, era que se mantuviera este estado de cosas, que se traduce en el descrédito nacional y que hace cada día más imposible la vida del habitante. Y cuando he visto, señor presi-

dente, que en las manifestaciones venían centenares de esas mujeres pálidas, características de las fábricas, y millares de niños prematuramente encorvados en los talleres, me he contristado al pensar que la gran mayoría de aquellos manifestantes venían á pedir ¿qué, señor presidente? Que se les hiciera cada vez más cara la vida, cada vez de menos valor el miserable salario que recibían; que se aumentaran los impuestos sobre el consumo, que se aumentaran los impuestos sobre la importación, á fin de que los dueños de esas fábricas—me refiero siempre á las artificiales—pudieran obtener grandes lucros á costa del crédito del país y de las necesidades de sus habitantes. (*¡Muy bien!*)

Y al pensar sobre esto, señor presidente, me he preguntado: ¿para quién debe legislar el congreso argentino? ¿debe legislar exclusivamente para la riqueza pública? ¿debe legislar exclusivamente para proteger las producciones A, B ó C, por nobilísimas que ellas sean? ¿O acaso el objeto de todas las leyes, de todas nuestras aspiraciones, no debe ser el bienestar general de la sociedad, el bien del mayor número donde quiera que él esté? ¿Acaso, me he dicho, no será más justo que en lugar de dictar estas leyes, que importan privilegios exagerados, porque fijar el límite de la apreciación de la moneda en 227 importa una protección exagerada á muchas cosas, acaso el congreso no tiene más bien la obligación de tender con equidad sus dos manos, protegiendo con una las industrias nacionales, en cuanto sean dignas de ser protegidas, y con la otra los intereses del pueblo, que son, al fin y al cabo, el gran objeto de todas nuestras leyes y de todas nuestras preocupaciones? (*¡Muy bien! Aplausos.*)

No debemos olvidar, señor presidente, que el porvenir de esta República está en la exportación. No seremos un gran país importador, mientras no pobleemos nuestras comarcas desoladas. Entre tanto, ya que no las podemos poblar de hombres, poblémoslas de ganados y de chacras. Bajo ese aspecto la República Argentina será ante todo, y debe ser ante todo y á eso debemos aspirar, un gran país exportador; y para esto ¿qué necesita la República? Tener francos y abiertos todos los mercados del mundo; que los demás países

consumidores no vean en nosotros un enemigo para cada uno de sus pequeños productos, porque se conjurarán para convertirse en el enemigo más cruel y más tenaz que pueda tener nuestra exportación.

Llego, señor presidente, al punto en que debo decir dos palabras sobre el modestísimo proyecto que he presentado á la consideración de la honorable cámara; y quiero cumplir con este deber, porque no desearía que me alcanzase ni el chasquido de ese latigazo que se ha lanzado contra los llamados nihilistas de las finanzas.

El proyecto lo conoce la honorable cámara. Su primera parte es el resumen de todas las leyes que he dejado estudiadas.

La obligación impuesta nuevamente y en forma solemne, en este momento en que parece hemos resuelto una vez por todas afrontar la resolución de este gran problema financiero de la República, la sanción definitiva y solemne de todas las obligaciones que tenemos contraídas para con el país, es decir, retirar la circulación que esté de más, á fin de que el resto se valore y podamos así llegar á su conversión.

No voy á defender la quema: está defendida por todas y cada una de las leyes que he dejado extractadas. Ha sido el pensamiento dominante en las finanzas de la República desde muchos años atrás; ha sido el sistema adoptado también en Norte América, en Rusia, en Italia, pueblos que han empezado por el principio y no por el fin, es decir, por preparar la conversión. Ningún país del mundo ha podido afrontar el problema de la conversión así, de entrada; ha sido necesario ir preparando el terreno, muniéndose de los elementos necesarios y reducir sobre todo la circulación por medio de la quema ó de cualquier otra manera.

Trescientos millones de circulación existen actualmente en la República. Se ha demostrado clarísimamente por el autor de estos proyectos, que esa es una circulación excesiva; que bastan 130 ó 140 millones de circulación para servir los intereses del país.

Muy bien: ¿cuál sería el remedio que suprimiera lo superfluo? La quema lo es

por lo menos tan bueno, tan científico, tan autorizado por la tradición como cualquier otro.

Era necesario, sin embargo, poner un dique, toda vez que la quema produciría necesariamente la apreciación del billete; era necesario poner un dique á la apreciación violenta, que podía causar en el país los mismos efectos que causó la depreciación rápida.

A esto responde la segunda parte del proyecto, por la que se autoriza á la caja de conversión para comprar oro y venderlo á un tipo gradual.

Se ha llamado sueño á este proyecto.

Yo agradezco al señor miembro informante de la mayoría haber usado un término tan benévolo.

Se ha llamado sueño á este proyecto, y para atacarlo se le ha opuesto el desastre producido por uno análogo en Rusia.

Señor presidente, precisemos los hechos.

Los rusos habían amontonado en su caja de conversión 15.000.000 de libras esterlinas, y ese era el cebo que se ofrecía á las bolsas de todo el mundo. Inmediatamente encontró aplicación la ley Gresham, en virtud de la cual la mala moneda desaloja á la buena.

En este proyecto no hay ningún depósito de libras esterlinas; será necesario que el comercio vaya primeramente á depositar su propio oro en la caja, y después á hacer la especulación. Los peligros, los inconvenientes que entraña para el público inmovilizar su oro en una caja oficial, me parece que serán un dique suficiente para que nunca vaya un centavo oro á esa caja. La aspiración de este proyecto, si pudiera llegar á la práctica, sería que jamás se presentara un peso oro para ser comprado y que por consiguiente, jamás hubiera la necesidad de venderlo. El único objeto de esta disposición es detener con una amenaza de emisión la apreciación demasiado rápida del papel.

Pero el remedio, en el supuesto de que pudiera realizarse la operación tan bellamente descrita por el miembro informante de la mayoría de la comisión, sería sencillamente comprar el oro á un tipo descendente y venderlo al tipo del semestre anterior, y al mismo tiempo establecer que la caja de conversión sólo recibirá moneda metálica de verdad, y no conformes ni

Octubre 18 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

3.ª Sesión de prórroga.

cheques, ni otros documentos representativos de ese valor. Y entonces, yo preguntaría si habría especulador suficientemente tranquilo para ir á depositar durante un año su moneda metálica para ganarse diez puntos de diferencia.

Y si algo perjudica á la larga esta operación de la conversión, al fin y al cabo, ¿cuál es la operación financiera que puede presentarse con visos de aceptabilidad que no ofrezca peligro de pérdida?

Leo los proyectos sustentados por la mayoría de la comisión y veo que la aduana recibirá todos los impuestos á oro á 227, y como no hay disposición ninguna en la ley que impida que el oro pueda valorizarse hasta 300, resultará que el poder ejecutivo—esto sí, ciertamente, porque no es una especulación,—irá perdiendo diariamente la diferencia entre 227 y el tipo á que esté el oro en plaza.

Los recursos afectados por este proyecto á la conversión, ó á la quema, son recursos naturales: el producido de la venta del ferrocarril Andino; el producido del Banco de la nación, que según la ley de su creación tiene ese objeto y no otro; los resultados de la liquidación del Banco nacional, que según la ley de liquidación tienen ese mismo objeto y no pueden ser honradamente destinados á otros fines, y el derecho extraordinario existente sobre la exportación.

La gran aspiración pública, señor presidente, sería suprimir este impuesto que conspira contra la riqueza del país; que tiene la misma importancia y la misma odiosidad que el adicional de 10 % de aduana; pero ya que es necesario que subsista, por lo menos dediquémoslo á apreciar la moneda, que también es riqueza pública, es decir, tratemos de atenuar el mal en todo cuanto sea posible.

He traído, señor presidente, con toda modestia, mi grano de arena á este gran debate. El proyecto tendrá errores; será bueno, será malo; en mi opinión es bueno, mucho mejor que el de la mayoría.

Debo declarar, con toda franqueza, que al trazarlo no me ha animado, muy lejos de ello, ninguna prevención política contra el autor ó los autores de los proyectos que se discuten.

Yo consideraría una injuria suponer que un diputado, cuando se trata de los gran-

des intereses del país, pudiera ser movido por un interés político (*¡Muy bien!*)

No es tampoco una oposición sistemática, porque no tengo motivo de hacerla, y desde este asiento me tomaría la libertad de anatematizar á cualquiera que hiciera oposición sistemática á un proyecto que importa el mejoramiento de la industria y del comercio de la República

¡Ojalá, señor presidente, si el proyecto de la mayoría debe convertirse en ley, sea yo el equivocado! ¿Qué importaría esta equivocación ante la grandeza y ante la prosperidad del país?

¿Pero es cierto, señor presidente, que estos proyectos nos ofrezcan grandeza para el porvenir?

Señor presidente: cuando veo que estos proyectos no hacen más que repetir una infinidad de otros que ya han sido sancionados, que deberían haber sido cumplidos y que todavía esperan su realización, me pregunto, ¿cuál será el motivo que detiene el engrandecimiento del país, cuál será el motivo de que todavía, teniendo el clima más hermoso del mundo, las tierras más feraces del universo, estando en contacto fácil con los grandes mercados consumidores del mundo; cuál será el motivo de que todavía la población de nuestros desiertos sea un problema, cuál será el motivo de que estemos tan distanciados de nuestros territorios nacionales, por qué no hemos llevado los beneficios de la educación, de la justicia y de la libertad á todos los confines de la República, por qué están aún en estado incipiente nuestras mejores industrias, por qué discutimos aún estos problemas mismos que afectan tanto el crédito del país; y al buscar una contestación, me asalta la duda de que sea, entre otras causas, por nuestra falta de seriedad en el cumplimiento de nuestros compromisos más sagrados, por nuestro apego á las más vulgares falacias financieras, por este nuestro prurito eterno de formular en nuestra legislación, promesas halagadoras que siempre se convierten en amargos desengaños.

Señor presidente: yo hago votos por que si los proyectos de la mayoría se convierten en ley, ellos lleven envueltos en su seno, á pesar de mis funestos vaticinios, la grandeza y prosperidad de la República.

He dicho. (*¡Muy bien! ¡muy bien! Aplausos.*)

Sr. Ministro de Hacienda—Pido la palabra.

Señor presidente: los proyectos presentados por el poder ejecutivo tienen principalmente estos propósitos: llegar á tener algún día una moneda sana, estable y consolidar entre tanto el estado de cosas existente, dando una base á los contratos, á los negocios, á todos los intereses económicos.

El poder ejecutivo ha creído que ha llegado la oportunidad de afrontar estos problemas económicos que tanto interesan al país; ha creído que ha llegado el momento de que debamos preocuparnos de librar al país del papel moneda, que paraliza la vida económica, que vicia y perturba las transacciones, y que es una fuente incesante de perjuicios y de beneficios, tan innmerecidos los unos como los otros; perjuicios para los deudores en beneficio de los acreedores, perjuicios de los productores en provecho de los consumidores y viceversa, según las altas y bajas del agio y así sucesivamente, resultando en definitiva un grave daño para el país.

A medida, señor, que la nación se está engrandeciendo, que se están radicando tantos intereses, se va sintiendo cada vez más la necesidad de salir de esta inseguridad de la moneda, de estas fluctuaciones del instrumento de los cambios, que sirve á regular todos los valores; fluctuaciones que vienen á detener el espíritu de empresa como todas las iniciativas y que alejan los capitales extranjeros que temen venir á introducirse en este desorden monetario, en que vivimos.

Para poder apreciar bien la influencia funesta que tiene una mala moneda sobre la economía nacional, es necesario tener presente el importantísimo rol que juega la moneda en la sociedad. La moneda está ligada á la vida del país, es vehículo de los valores, es el agente de los cambios, y puede decirse que no hay acto alguno del hombre, desde que nace hasta que muere, que no esté relacionado directa ó indirectamente con la moneda.

Así, el economista Bastiat nos dice: la moneda es el cambio, el cambio es la economía social, es toda la sociedad. Y agrega: que la moneda es tan necesaria á la sociedad como el aire al cuerpo humano y de la misma manera que un aire impuro viene á viciar, á enfermar, á co-

romper el organismo del hombre, así también una mala moneda viene á perturbar y arruinar el organismo social.

El papel moneda está unánimemente condenado por la ciencia y se le considera como causa de inferioridad y de ruina para los pueblos. El papel moneda tiene, sin embargo, sus defensores. En esta misma discusión ante el congreso, voces autorizadas se han levantado que nos han dicho: el papel moneda nuestro no es el papel moneda de que hablan los economistas: es un papel especial, debe tener algo extraordinario: á él le debemos nuestros progresos... Error muy grave, señor presidente. El papel moneda nuestro es tan pernicioso como el papel moneda de cualquier parte. Las leyes que rigen los fenómenos monetarios son inmutables, universales y no vendrían á hacer una excepción para la República Argentina transformando su papel moneda en un portento, fautor de nuestros progresos, cuando en todas partes el papel moneda constituye una plaga, y una plaga de la peor especie, causa de descrédito y de ruina.

Nuestros progresos, señor presidente, es cierto que se han realizado bajo el régimen del papel moneda, pero también hemos progresado con la anarquía, con las guerras, con las crisis, con los despilfarros y con cuantas calamidades nos han asediado. Nuestros progresos los debemos á las fuerzas de vida del país, á su savia, á la fertilidad del suelo, á su producción, en fin, que han venido á neutralizar sólo en parte la influencia deprimente y perturbadora del papel moneda, como han neutralizado también la influencia maléfica de todas esas causas de atraso, la anarquía, las guerras y las crisis. (*Muy bien!*)

Si no fuera por esto ¿qué sería hoy la República Argentina?

Sería una nación poderosa.

El papel moneda, pues, no tiene defensa. Otro de los hechos que han dado ocasión á los proyectos en debate, es el siguiente: la enorme depreciación que hemos tenido en nuestra moneda, y la permanencia de esta depreciación durante un largo período de tiempo, de modo que en los últimos diez años hemos tenido un cambio medio que pasa de 300. Bien; á favor de esta depreciación permanente todas las cosas, los salarios, los servicios, las em-

Octubre 18 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

3.ª Sesión de prorroga.

presas, los contratos y toda la vida económica ha venido á amoldarse á esta situación. Este estado de cosas que se ha infiltrado, puede decirse, en nuestro organismo y que no se puede conmover sin causar profundas perturbaciones, está amenazado, y seriamente amenazado por la baja del cambio. La baja del cambio afecta, en virtud de leyes económicas precisas y reconocidas, la producción en general del país y tiene sobre ella una influencia deprimente. Disminuyen las exportaciones, y, por el contrario, aumentan las importaciones. Procede de esto: del desequilibrio que se produce á causa de que los costos de producción no reflejan las oscilaciones ó el movimiento que tiene el oro, al paso que los productos son muy sensibles y se venden según los precios del mercado internacional.

Así, pues, están afectadas, en primer lugar, por la baja del cambio nuestras principales industrias: la agricultura y la ganadería, que es de donde nosotros sacamos nuestros recursos. Están afectados también los deudores, que ven subir todos los días, con la baja del cambio, el peso de sus obligaciones, y en esto me refiero á la masa enorme de obligaciones existentes en el país, á cientos y cientos de millones, entre los cuales las administraciones públicas concurren con más de 250.000.000 de pesos en títulos emitidos á papel. Afecta también á las clases trabajadoras, por el peso de los impuestos y porque también vienen á sufrir las consecuencias de la falta de trabajo, que necesariamente tienen que traer la paralización de la industria y del comercio.

Estos efectos perniciosos del papel moneda sobre la economía nacional, como de la baja del cambio, respecto de la producción, han sido tratados con toda ilustración y con toda extensión por el señor miembro informante de la mayoría, y si yo los recuerdo ahora ligeramente, es porque, como he dicho, estos son los hechos fundamentales que dan y han dado ocasión á los proyectos, y, necesariamente, tenía que partir de ellos para hacer mi exposición.

¿Cuál es el remedio, señor presidente, para evitar todos estos efectos perniciosos, tanto del papel moneda como de la baja del cambio?

No hay otro que dar estabilidad á la mo-

neda. Dar estabilidad á la moneda ha sido siempre una aspiración nacional, que se ha manifestado en diversas épocas, y si, desgraciadamente, los esfuerzos hechos no han dado el resultado deseado, no debemos por eso desmayar, renunciando á la ejecución de un propósito que tiene que ser tan fecundo y tan benéfico para el país.

Nadie puede dudar de la gran conveniencia y necesidad que hay de llegar á ese resultado, como nadie puede dudar tampoco de que el único medio de asegurar la estabilidad de la moneda es el encaje metálico que garante su valor.

Los proyectos del poder ejecutivo son, como lo ha manifestado en el mensaje de remisión, las primeras medidas de un plan encaminado á dotar al país alguna vez de una moneda sana y estable.

Este plan tiene que desarrollarse en un tiempo más ó menos dilatado y comprende numerosos actos.

Desde luego, los actos que comprende puede decirse que importan un plan de gobierno y administración: disminuir los gastos de las administraciones públicas, aminorar el peso de los impuestos, transformar la deuda flotante en otra que sea más llevadera, formar el encaje metálico que ha de servir para garantizar nuestra moneda, terminar todos los arreglos exteriores, que ya están muy adelantados, referentes á la deuda pública. Todas estas son medidas tendentes á sanear el estado económico del país y á colocarlo, en una época más ó menos lejana, en condiciones de poder hacer la conversión.

Se ha combatido esos proyectos, señor presidente, estudiando la situación financiera del gobierno de la nación y tratando de demostrar que el país no se encuentra en estado de convertir; pero no es una conversión inmediata que se proyecta, lo que es imposible, absolutamente imposible. Se ha combatido los proyectos, como si trataran de eso, cuando lo que proponen son medidas preparatorias y tendentes á llegar á una futura conversión. Entre tanto, concurrirán á dar estabilidad á la moneda y á obtener por medio de una conversión de hecho, los beneficios que nos proporcionaría una conversión legal.

¿Cuándo se hará, se pregunta, la conversión legal? Se hará cuando con la ejecución de todas estas medidas y la de todas aque-

llas tendentes al fomento de la riqueza pública el país se encuentre con constantes saldos internacionales favorables y en condiciones de prosperidad y de solidez en sus finanzas, con carácter permanente. Entonces será llegado el caso de decretar la conversión, respecto de la que no nos debemos apresurar, ni es lo más esencial. Lo esencial no es convertir, lo esencial es dar estabilidad á la moneda, es garantizar su valor. Garantido su valor, tendremos todas las ventajas de una moneda sana y estable.

En nuestro país no podemos nunca prescindir del papel, porque estamos acostumbrados á él.

Cuando el gobierno de la Provincia de Buenos Aires decretó la conversión no pudo convertir, es decir, nadie acudió á los llamados que se hicieron durante varios años; se convirtió únicamente lo que el banco recibió en sus operaciones, y cuando fué decretada la inconversión, en 1885, se encontró con que todavía existían en la circulación 118.000.000 de pesos de la antigua moneda, que no habían sido convertidos.

No es la situación financiera del gobierno de la nación lo que por ahora debe preocupar. Lo que debe preocupar es la situación general del país, es la situación económica, que es la que han encarado los proyectos, que es la que tienen gravedad y entraña peligros.

La situación financiera de la nación en ningún caso puede ser, señor presidente, motivo que impida dictar todas aquellas medidas que se consideren convenientes para sanear la situación económica, y esto debe ser lo principal, porque á lo primero que debe atenderse es á asegurar la salud del país y que adquiera fuerzas, porque después los inconvenientes financieros naturalmente se arreglarán.

Se ha dicho que el gobierno tiene una deuda flotante considerable. Todos los países tienen una deuda flotante y en algunos, como en Francia, por ejemplo, alguna vez ha superado al importe de su presupuesto. Es cierto que una deuda flotante considerable es un signo de déficits, muestra embarazos en las finanzas, es, en una palabra, una situación malsana que hay que mejorar. Pero los proyectos, lejos de impedir el me-

joramiento del estado de las finanzas, concurren, por el contrario, á facilitar el arreglo y á eliminar ó disminuir la deuda flotante.

Comprendo perfectamente que se oponga el estado de las finanzas, si se tratase de proyectos que importaran grandes gastos; si se tratase de la ejecución de grandes obras públicas; pero no comprendo que se oponga tal estado á estos proyectos, que en el fondo de lo que tratan es de economizar y de guardar.

Por otra parte, señor presidente, la situación ó el estado de las finanzas podrá ser fácilmente arreglado, una vez que se disipen todas estas dificultades que han venido á entorpecer el mercado monetario; y entre tanto, creo que marcharemos como hemos marchado hasta ahora, con relativa holgura.

No ha habido letra de tesorería que haya sido renovada. Todos los pagos de créditos particulares se han hecho con regularidad. Los fondos necesarios para hacer los servicios en el exterior se han remitido puntualmente. Si la tesorería tiene hoy letras por diez y seis millones de pesos oro y diez millones de pesos papel, debe tenerse en cuenta que para la ejecución de un presupuesto de veintiséis millones de pesos oro y ciento un millones de pesos papel, se requiere, aún en el estado más floreciente de las finanzas, con presupuestos equilibrados, una existencia de diez millones de pesos oro en letras de tesorería.

Y la prueba es muy fácil. En este momento el ministerio de hacienda tiene en Londres y en camino de Londres un millón seiscientas mil libras esterlinas, es decir, ocho millones de pesos oro, destinados para el servicio desde octubre hasta enero, comprendiendo el cupón de enero.

Pues bien; estos ocho millones de pesos es un adelanto á los impuestos que se van á percibir por tres millones durante este trimestre y es un adelanto todavía al presupuesto venidero por 5.000.000 de pesos oro, que son los que corresponden al cupón de Enero del presupuesto del año próximo.

La letra de tesorería ejerce, pues, en este caso, sus funciones naturales de adelanto para las necesidades del presupuesto, y á estos adelantos á que me refero, de ocho millones respecto de la deuda exter-

Octubre 18 de 1899.

CÁMARA DE DIPUTADOS

3.ª Sesión de prórroga.

na, hay que agregar los que se hacen para otros ramos de la administración, y yo calculo, como digo, que son necesarios diez millones.

Quedarían, entonces, diez millones de pesos oro, más ó menos, en letras de tesorería, que corresponderían á las deudas antiguas, y esto, como lo he manifestado, y quizá pueda asegurarlo á la cámara, será fácil arreglarlo, transformando esta deuda en otra, á dos, tres ó cuatro años, y dentro de dos, tres á cuatro años tendrá necesariamente que desaparecer toda esa deuda atrasada.

Yo veo, señor presidente, que me he desviado en parte, de mi exposición, y procuraré reanudarla.

Los fines que tiene el plan propuesto por el poder ejecutivo, no son verdaderamente atacados; no se hace tampoco respecto de ellos observación de importancia.

En lo que se hace observación es sobre los medios, y especialmente en cuanto este plan está basado en la fijación de un tipo. Es aquí donde la mayor resistencia se acumula, extendiéndose después á los medios.

La fijación de un tipo á la moneda, señor presidente, responde á la necesidad de consolidar el estado de cosas existentes, de suprimir el agio, de dar una base á las transacciones y á todos los intereses económicos y, por fin, de no postergar indefinidamente la posibilidad de la conversión de la moneda.

El procedimiento de fijar un tipo tiene muchísimos antecedentes.

Tiene el antecedente que se ha recordado ya aquí, en la cámara, por los dos miembros informantes de la comisión de hacienda, el antecedente de la provincia de Buenos Aires, con motivo de la ley de 1863, que fué discutida con tanta inteligencia y con tanta ilustración y con la que tienen tanta semejanza los proyectos en discusión.

No son los años, más ó menos, de in-conversión que pueden influir para que un país adopte la conversión al valor real de la moneda, pues esto depende únicamente de la depreciación que ha tenido el papel, del tiempo que la depreciación ha durado y de los efectos económicos que esa depreciación ha producido respecto de los negocios en general y de las transformaciones operadas en la vida económica.

Tenemos el ejemplo de la Rusia, que en el año 1887, al trazar el plan de conversión, el primer acto que hizo fué fijar el tipo de la moneda. La moneda siguió fluctuando siete años más y sólo se detuvo en el año 1894 por el establecimiento de la oficina de cambio, de esta misma oficina que hemos tenido nosotros.

Tenemos el ejemplo de la conversión de la India, en que desde el año 93 se fijó la relación provisoria del oro y de la *rupia* y que se ha venido á fijar definitivamente en el año corriente.

Tenemos el ejemplo del Austria, que ha fijado la relación del *florin* con el oro, asignándole diez y nueve puntos arriba de la par y tenemos los antiguos ejemplos de Estados Unidos, en 1797, de Austria en 1811 y 1819 y de Rusia en 1839.

El procedimiento, señor, de fijar el tipo se ajusta á la doctrina de la ciencia. La ciencia ya ha formulado á este respecto su sentencia, y la ha formulado, señor, en estos términos: cuando un país ha sufrido una gran depreciación, y esta depreciación ha durado un tiempo suficiente como para cambiar radicalmente sus condiciones económicas, ese país no puede volver al cambio primitivo.

Es el caso nuestro. Nosotros hemos tenido en la moneda una depreciación enorme. Todas las cosas, todos los servicios, se han amoldado á un tipo que pasa de 250 %, porque 250 es el término mínimo del tipo de la moneda desde octubre del año 90 á octubre del año 98. Por consiguiente, todas las cosas, todos los intereses, se han adaptado á ese estado que los hechos han creado. Todos lo sabemos. La transformación económica operada desde 1885 hasta la fecha es indudablemente completa, radical.

Ahora, esta doctrina de la ciencia, ha sido sostenida por hombres tan eminentes como Carlos Rau y Adolfo Wagner y por numerosos publicistas. Cito solamente esos dos nombres, porque son considerados como los padres de la ciencia de las finanzas actuales; esta doctrina, digo, está fundada en esto: en que un país no puede lastimarse á sí mismo con todas las dificultades, con todas las crisis, con todas las perturbaciones, que tiene naturalmente que sufrir para pasar ese trayecto de un alto cambio al precio

nominal de los billetes. Es esta *via crucis*, diré, del descenso del cambio de grandes alturas, la que un país no debe recorrer inútilmente, si no quiere arruinarse.

El tipo de conversión según el valor real de la moneda no produce ninguna perturbación. No hace más que legalizar un estado de cosas existente, y viene por el contrario á impedir que se menoscaben todos los intereses que están ligados á esa situación. ¿Cuáles son esos intereses? Son todos los intereses del país.

Así, pues, fijando el valor de la moneda según el valor real que tenga, todas las cosas se equilibran, todo vuelve á su quicio, no hay perturbación, y no hay perjuicios.

Debo observar, en confirmación de esta doctrina, que no ha habido país alguno en el mundo que haya podido, después de haber sufrido su moneda una alta depreciación como ha sufrido la nuestra, volver al cambio primitivo.

La Rusia en el año 39 y recientemente; el Austria en 1811 y 1819; los Estados Unidos en 1779; la Francia en el siglo pasado—todas han tenido que hacer su conversión fijando el tipo de la moneda según su valor real.

Los ejemplos que se han citado en contrario ¿cuáles son? La Francia, que tuvo una inconvención que duró poco tiempo después de la última guerra con Prusia. El punto más alto á que llegó la cotización fué de 2 y 1/2, es decir, que por cien francos oro se pagaban ciento dos francos y medio. Es un caso, pues, que no puede citarse. La Italia: la depreciación de la moneda en Italia llegó hasta el 20 %; regularmente, su precio ha sido de catorce; es el precio que más ha dominado y á él se han amoldado la mayor parte de los intereses. Bien: en Italia, señor presidente, cuando se ha tratado de venir á la conversión porque parecía que la situación del país se prestaba á ella, ha sido combatida por muchos de sus hombres eminentes, como que podría ocasionar un grave daño. ¿Por qué? Por la duración que había tenido la inconvención; y aunque no existía el otro elemento de la alta y enorme depreciación que se exige (porque,

como he dicho, el cambio no pasó de 14 %) sin embargo, se sostuvo por aquel partido en Italia que la conversión debía hacerse por el valor de la moneda. No se hizo así. ¿Qué sucedió, señor presidente? Se hizo la conversión el año 1884, tomando un empréstito de 800 millones de francos: éstos desaparecieron pronto, la conversión no se pudo hacer y la Italia se encuentra todavía con 5 ó 6 % de depreciación en la moneda, habiendo sufrido grandes perjuicios en su economía nacional.

El otro ejemplo que se cita es la Inglaterra, que tuvo una inconvención de 24 años y sucedió lo mismo que en Italia.

Allí hubo un gran partido que sostuvo, como refiere MacCulloch, la necesidad de no volver al antiguo cambio y de convertir al valor real la moneda. Se convirtió á la par. ¿Por qué? Porque la moneda había bajado y la depreciación solamente alcanzaba á 4 1/2 %.

Sin embargo, su conversión costó á la Inglaterra una crisis profunda y universal, como fué la de 1821.

La moneda de curso legal emitida por la nación no tiene otro valor que el valor corriente, el valor económico.

No es una obligación civil desde el momento que no es exigible. No representa cantidad desde el momento que su valor cambia y no tiene plazo. No hay relaciones jurídicas entre el emisor y los tenedores de papel. Los tenedores de papel no tienen otro derecho sino al valor corriente, al valor en que ellos la han recibido. El tenedor no puede pretender que habiendo recibido en el arbitraje de los cambios la moneda por tal valor tenga derecho á recibir dos ó tres veces más ese valor.

Sr. Berduc—Si el señor ministro tiene necesidad de hablar más de un momento, lo que me parece indudable, podríamos levantar la sesión. De esta manera podría descansar y tendría más tiempo disponible.

Sr. Ministro de Hacienda—Muy bien; no tengo inconveniente.

Sr. Presidente—Siendo así, se levantará la sesión.